

RICARDO DONOSO

L A T C H A M Y L A S
I D E A S P O L I T I C A S

LATCHAM tuvo oportunidad de actuar en nuestra vida política en un agitado período de hondas convulsiones cívicas. Elegido diputado por el Partido Socialista en las elecciones de 7 de marzo de 1937, tomó activa participación en la agitada lucha de sus días. Desde algunos años antes había reaccionado airadamente contra las medidas de violencia propiciadas por la administración imperante, protestado del asalto al diario *La Opinión* y sabido de la hostilidad ambiente en una relegación a una apartada región del territorio nacional, impuesta por la autoridad.

No tuvo así nada de extraño que, al darse cuenta en la Cámara de Diputados, en sesión de 13 de julio de 1937, de la nota que le dirigía el Presidente de la República, incurriendo en una flagrante transgresión constitucional, por cuanto prescindía del Ministro del Interior, y que constituía un verdadero cartel de desafío injurioso y vejatorio, Latcham la rebatiera con apasionamiento y caracterizara la acción política de Alessandri como tortuosa y demoleadora.

Tomó diligente participación en la jornada cívica de 1938 y al producirse la tragedia de la Caja de Seguro Obligatorio, desde su asiento de la Cámara, alzó su voz para condenarla en airada protesta.

Al renovarse la Cámara de Diputados no volvió Latcham a la vida política, pero la siguió con intenso apasionamiento desde las columnas del diario *La Nación*, al que se había incorporado en calidad de crítico literario.

Es difícil hablar con frialdad de un hombre de letras al cual nos hemos sentido unidos, no sólo por la comunidad de ideas literarias y políticas, sino por los vínculos de la confraternidad intelectual y profesional más estrecha. Es lo que me ocurre con Latcham, con quien fuimos colegas en la Universidad, que mantuvo relaciones de amistad y

confraternidad con mi hermano Armando y consagró a varios de mis libros sentidas columnas, henchidas de comprensión y simpatía. De esa relación y de esas páginas, deseo destacar algunas, que caracterizan la personalidad intelectual del escritor como pensador político.

Su amistad con Armando Donoso la evocó en una sentida página al ocurrir su muerte en enero de 1946: "Nos unió una amistad de más de veinte años, con Donoso, escribía en *La Nación*, en que hubo fugitivas sombras y una disidencia lamentable. Nunca guardó rencor por alguna alusión pasajera, producto de un instante tormentoso de la vida política nacional. El mejor recuerdo suyo es la generosidad y nobleza que tuvo para borrar cualquier agravio en aras de comunes disciplinas. Se ha dicho con tortuoso designio que Armando Donoso fue ignorado por la Universidad de Chile y por sus centros docentes. Nada existe más arbitrario e injusto que semejante afirmación. La Facultad de Filosofía y Educación lo hizo miembro académico y diversos monesteres, no ajenos a su modestia, impidieron su incorporación solemne a esa más que centenaria corporación docta. En otros terrenos recibió de la Universidad de Chile diversas manifestaciones de su consideración y de su afectuoso respeto, y no hubo nada en sus actitudes que exteriorizara lo que ahora supone un gratuito apologista: el olvido o desconocimiento de sus positivos méritos".

Y terminaba sugiriendo que la Universidad recogería oportunamente sus ensayos y trabajos históricos y literarios dispersos, en una edición que los preservara del olvido.

Al darse a los moldes al año siguiente su libro *Recuerdos de cincuenta años*, no le regateó elogios. "Donoso escribía con rapidez, con letra clara y nerviosa, apuntaba, con cierto calor que lograba traspasar a sus conversaciones. Era un animador de las letras chilenas, y nunca conoció la envidia, ese tremendo corrosivo espiritual que empequeñece a otros literatos. Perdonaba las ofensas y nos guardó simpatía, a pesar de ciertos desacuerdos pasajeros, que no impidieron nuestra definitiva amistad después de olvidar lo que provocó un momento de tensión nacional, a raíz de la caída de un discutido régimen de Gobierno. En este copioso volumen se siente, a menudo, esa vivacidad, que era la mejor cualidad del crítico y que movía su prosa, ni muy desaliñada ni muy correcta, transida de saber, de nobleza espiritual, con algo premioso y rápido que resulta aquí bien ajustado al tono de las entrevistas".

Pero fue en el campo de las ideas políticas donde el crítico trazó algunas de sus páginas más logradas. Lector apasionado de los historiadores nacionales, historiador él mismo, Latcham observó con agu-

deza la evolución sociológica de la nación y estudió a cuantos la habían interpretado, en el pasado y en el presente siglo. Le eran familiares las páginas de Amunátegui, Barros Arana, Sotomayor Valdés y Vicuña Mackenna, y había seguido con atención la trayectoria intelectual de Alberto Edwards y Francisco Encina.

Al aparecer en 1946 *Las ideas políticas en Chile*, Latcham advirtió de inmediato que no había sido ajeno a los propósitos del autor rebatir las tendenciosas y perturbadoras conclusiones a que había arribado el historiador Edwards en su libro *La fronda aristocrática en Chile*, publicado en 1928. No sin generosidad escribía en las columnas de *La Nación*: "Con semejantes cualidades, Donoso se coloca a la cabeza de los historiadores universitarios, en un macizo promontorio que domina la perspectiva de una centuria preferida por los que incursionan en el campo del pasado. En *Las ideas políticas en Chile* hallamos una intención formal, simple y escueta en sus finalidades, clara y segura en los detalles y orientada siempre por un severo criterio sociológico". Siguiendo paso a paso el desarrollo de la obra, en su finalidad de destacar la evolución política e intelectual del país, agregaba:

"Lo más substantivo y medular de su vasto panorama ideológico es la crítica implacable y vigorosa del régimen instaurado por los conservadores, a partir de la batalla de Lircay. La República estuvo entonces avasallada en sus mejores impulsos y recibió un tremendo flujo reaccionario que en la práctica equivalió a la resurrección del colonialismo".

Con agudeza crítica advertía los esfuerzos del autor por sustraerse a la influencia de Barros Arana y Amunátegui, en sus tendencias a concebir la historia del pasado nacional como la obra de la acción de personalidades vigorosas antes que como el resultado de la avasalladora influencia de las ideas y corrientes ideológicas.

"Más que un registro de acontecimientos o un desfile de siluetas patricias, consignaba, de perfiles políticos o de escaramuzas parlamentarias, este libro reviste otros episodios de raíz más colectiva, pero no por eso menos actuantes y poderosos, los flujos del lento progreso democrático que arrancó hasta las raíces de un vasto sistema erigido sobre los privilegios, los prejuicios y el fanatismo religioso".

Apuntando que Donoso no había logrado sacudirse del todo de la influencia de ese "extraño patriarca de las letras" que fue don Diego Barros Arana, reconocía que el libro ofrecía una originalísima perspectiva, derivada de un aprovechamiento agotador de nuevos documentos o de otros que pasaron inadvertidos para los historiadores del

siglo pasado. Y terminaba afirmando que ese trabajo constituía un enjuiciamiento de la marcha del hombre chileno en su lento avance por el camino del progreso institucional. "Si resulta éste un libro útil y preñado de enseñanzas con relación a lo extinto —decía— no es menos revelador para conducir a la comprensión del presente, a lo vivo, que después de todo es lo que mejor justifica los desvelos históricos, cuando ellos desembocan en un gran drama filosófico o colectivo".

Entre los historiadores de la vida política de la nación, ninguno tenía una personalidad más inconfundible que el señor Alberto Edwards, que si había tenido algunas coqueterías con el régimen parlamentario, era en el fondo de su alma vigorosamente conservador y reaccionario, el último pelucón, como gustaba llamarse. El señor Edwards juzgó la evolución política del país con apasionamiento, teñido con prejuicios que se hallaban arraigados a su espíritu con tenacidad incommovible. En 1903 había dado a los moldes una *Historia de los partidos políticos chilenos*, que en 1949 fue reimpressa con un capítulo que ponía la obra al día, debido a la pluma del señor Eduardo Frei Montalva. A comentarlo dedicó Latcham un largo artículo que apareció en *La Nación* el 4 de diciembre de 1949.

Reconocía el crítico que el libro estaba concebido en un plano de claridad, de lógica y de inteligencia que nadie podría desconocer, y que del crudo análisis de sus páginas surgía con claridad deslumbrante la crisis interna del liberalismo, que disolvió las energías potenciales de un partido incapaz de tener una mística del poder en horas trascendentales para los destinos de la patria, o, dicho en otras palabras, a la incapacidad que surgió en la oligarquía gobernante para dirigir los destinos de la nación. "Sin embargo, el señor Edwards, escribía Latcham, tuvo una extraña miopía para contemplar los factores puramente doctrinarios de la política liberal y nunca quiso ahondar en el aspecto más complejo de una crisis que precipitó la caída de Balmaceda".

Le sorprendía la ceguera con que Alberto Edwards contempló el nacimiento y el crecimiento de los partidos netamente populares, integrados por hombres procedentes de la clase media y del proletariado.

Para Edwards la democracia era una ficción deleznable, se reía de todos los ingenuos que creían en ella y en las páginas de sus libros se advertía una contenida hostilidad hacia las clases medias que pretendían disputarle la posesión del poder a sus tradicionales usufructuarios.

Latcham advirtió con agudeza la diametral oposición de principios filosóficos y políticos con que estaban concebidos y desarrollados los

trabajos de Edwards y de Donoso, y sin profundizar mucho en sus conclusiones era fácil advertir de qué lado se orientaban sus simpatías, afianzadas en su credo político.

Las páginas 113 a 261 del volumen de la *Historia de los partidos políticos chilenos* las llenaba el señor Eduardo Frei Montalva con un capítulo dedicado al advenimiento de las masas a la vida pública, hecho que evocaba con emocionada pluma. "Se refiere con vigorosa pluma a los años más opacos de nuestra historia posterior a 1891, a ese lapso que el señor Edwards bautizó certeramente al denominarlo "la república veneciana".

La crítica del período parlamentario surgía elocuente de la pluma del escritor en una página sombría. "La indolencia de la clase alta, la indiferencia del gobierno hacia la llamada cuestión social, el abandono obrero, la fuga de las riquezas patrias, las caudalosas sumas invertidas en efectos suntuarios, las primeras rebeliones de los trabajadores, la aparición de los agiotistas y de los gestores, la depreciación de la moneda, son examinados a la luz de un potente juicio de sociólogo que está pensando siempre en un elemento moral director y en la tremenda crisis moral que aniquila las reservas más nobles de la raza. También brota aquí un análisis objetivo y sereno de dos períodos fundamentales de la historia de nuestro desarrollo político en este siglo: el que precedió a la primera presidencia del señor Alessandri y el que motivó el entronizamiento de la dictadura del general Carlos Ibáñez del Campo".

En su comentario no se mostraba avaro en elogios a la labor llena por el señor Frei, de quien decía que se manifestaba digno de su antecesor, para terminar destacando el hecho de que no podía ser indiferente a los escritores el destino de la nación, y que debía seguirse con atención el pensamiento de cuantos consagraban su actividad al estudio de la suerte de las grandes personas colectivas que llamamos pueblos, según la expresión consagrada de Ortega y Gasset.

En 1950 se publicó *La sátira política en Chile*, y a comentar ese libro consagró Latcham un jugoso artículo en su página literaria de *La Nación*. Sin regatear elogios a la obra, consideraba que los sucesos a que se dedicaban en él los últimos capítulos estaban muy frescos y muy vivas las pasiones que los habían provocado. Creía que el cuadro que trazaba el autor podría ampliarse en la parte relativa al presente siglo y agregaba:

"También impresiona favorablemente el coraje cívico demostrado en un libro que exhibe las ventajas de la libertad de prensa y lo mucho que debe el país a los hombres que se sacrificaron por sus princi-

pios en medio del oportunismo y de la adulación vertidos por turiferarios y escribas deleznable".

Latcham se despidió de sus labores de crítico literario de *La Nación* con un extenso artículo que consagró a *Un letrado del siglo XVIII, el Dr. José Perfecto de Salas*, publicado pocos meses antes por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. De ese trabajo despertaron el interés del crítico los capítulos dedicados a la penetración, en el territorio de Chile, de las ideas de la Ilustración y los que se dedicaban a puntualizar las inquietudes ideológicas de los hombres que en vísperas de la Revolución Francesa abrigaban preocupaciones intelectuales y veían la posibilidad de una mutación en el estado político imperante. No era el movimiento de las ideas en la segunda mitad del siglo XVIII campo de su predilección, pero así y todo juzgó con comprensión y simpatía las conclusiones del autor.

¿Qué fue lo que más interesó a Latcham como crítico literario? En una obra tan extensa como la suya, a la que no fue ajena el cuadro de costumbres, la semblanza psicológica, la evolución política y los cambios sociales, casi no puede señalarse una predilección rectora. Sin embargo, el estudio de las ideas políticas, a través de los escritos de cuantos se ocuparon de trazar su trayectoria, constituyó una preocupación permanente de su inquieto, vibrante y valeroso espíritu.